

La tercera edad



Por FERNANDO PARIENTE

**La tercera edad,
un eufemismo**

**Algunas
características
de la tercera edad**

**Y, además, existen
los abuelos**

La tercera edad, un eufemismo

SE ha impuesto el nombre. Y uno no sabe muy bien por qué. Cuando decimos viejos, ancianos, se nos mira un poco como severamente. «Es que a ellos no les gusta que se les llame viejos». Pero uno sabe que el término de la tercera edad no lo han inventado ellos.

Y, por otro lado, a lo largo de la historia, la palabra ancianos ha significado lo más venerable, una dignidad en los pueblos y una categoría en las religiones y las organizaciones políticas (los presbíteros y los senadores). Todas son palabras de prestigio para la vejez. Y ahora hay que camuflarla y llamarle tercera edad, como un eufemismo.

Existe otro punto de vista: las etapas de la vida humana se han alargado considerablemente en los últimos tiempos. Y se puede prever que será necesario inventar el término de cuarta edad para designar los muchos años, más la incapacidad física, porque la tercera edad se reservará para los muchos años y una gran madurez humana y creativa.

Algunas características de la tercera edad

NO comienza en un momento concreto: No suena la hora de la tercera edad, sino que las personas se van introduciendo en ella progresivamente. Como todos los procesos vitales, no surgen de una situación estadística (por ejemplo, al cumplir tantos años). En realidad podría decirse que la tercera edad comienza, como la primera, en el momento en que somos concebidos. Pero, psicológicamente, también uno puede ir viviendo su acercamiento progresivo a la tercera edad, sea capacitándose para vivirla fabulosamente bien, sea para irse resistiendo, porque se la imagina con desconfianza o, positivamente, con rechazo.

Dijo Cicerón en sus tiempos: «Apresúrate a ser viejo si quieres serlo mucho tiempo». Que tiene su lección de prepararse para la tercera edad y, también, la constatación de que muchos envejecen antes de tiempo por no haber tenido una correcta educación para vivir en plenitud.

Los grandes maestros de la vida: En todas las culturas se ha aprendido de los mayores. De ellos se aprende, experimentalmente, el sentido histórico de nuestra existencia. Las personas que ya no dan dimensión de definitivo a lo que es transitorio ni de dogmático a lo que es ocasional. Y eso lo saben ellos «por propia experiencia», porque «han vivido muy distintas circunstancias», han visto desfilar muchas hipótesis y han asistido a la liquidación de muchos panteones de dioses o idolillos.

También algunos se aferran a la repetición, al anclaje en que cualquier tiempo pasado fue mejor. Son personalidades sin imaginación, sin agilidad, sin sentido histórico ninguno, que nos reiteran sus momentos de triunfo, que no se repitieron ni se renovaron, y por eso necesitan aferrarse a ellos. Quien no ha escrito más que un libro no comprenderá jamás lo que se experimenta con la edición del segundo y del tercero. Las citas se hacen todas del único. Cuanto más aferrado está uno a su pasado, mayor testimonio nos da de la pobreza de su vida y de su falta de creatividad.

Las grandes tristezas de la vejez: Porque tampoco conviene idealizar demasiado: está la soledad interna de las personas que se sienten incomunicadas, y, a veces, externa, en la separación, forzada o permitida, de los que oficialmente se llaman «seres queridos».

Y está la impotencia y la decrepitud, cuando ya uno no puede valerse ni para lo más elemental o íntimo, en esos terrenos en que nos cuesta tanto confesar nuestra impotencia, pero nos cuesta muchísimo más vivir las consecuencias de la misma. Cuando ya nos vamos dando cuenta de que no podemos... (y aquí empieza la letanía de lo que podíamos y ya no podemos; letanía que por meses va acrecentando sus advocaciones). Y está la cercanía inevitable de la muerte, con muchas posturas previsibles: desde el espanto ante la misma hasta una posible amistad con la hermana muerte, la gran liberadora de tantas limitaciones.

Y la marginación, cuando ya no cuentan con uno ni para hacer ni para opinar. Eso que se llama la jubilación, que también es ambivalente: suena a retiro, pero también suena a liberación. Suena al terrible problema de llenar las horas con algo más útil y práctico que pensar que se nos llega la muerte, o la posibilidad de dedicarse, por fin, a las propias aficiones y a realizar todos esos proyectos que siempre quedaban postergados por estar forzados («trabajos forzados») a realizar lo que era nuestro trabajo profesional.

Y, además, el no comprender el lenguaje de la juventud y de la sociedad; y me refiero a todo lo que es lenguaje, estilo de vida, escala de valores, espíritu nuevo que lo revoluciona todo. Y casi siempre, como reacción ante esa incompreensión, el reforzar la falta de receptividad buscando las razones que defienden los enfoques y valores tradicionales y las razones que hacen rechazables o sospechosos los que se presentan como presuntos valores en la sociedad actual.

Y, además, existen los abuelos

QUE, aunque en las estadísticas caen en la tercera edad, como son «nuestros» abuelos, pues nos parecen unos viejos especialísimos, donde todo es excepcional, mucho más aceptable para los nietos que para sus propios hijos. Y es que la relación con los nietos se hace desde otras perspectivas.

¡Qué fácil es censurar las actuaciones educativas de los abuelos! ¡Qué bonito sería ponderar la maravilla de paz, de cariño, de relativización de las actitudes intransigentes de muchos padres en educación!

Os sugiero, finalmente, para un trabajo en clase o en los grupos de Escuela de Padres, las siguientes Actividades:

1. Construir las *pirámides de edades* de unas cuantas naciones, incluyendo a España, comparando el aumento de la proporción de ancianos en las últimas décadas. Este estudio comparativo resulta mucho más interesante cuando se comparan naciones viejas con naciones en las que la media nacional no supera los veintitrés años.

Con el profesor, organizad un debate sobre características de países que tienen una determinada pirámide de edad; causas de esa situación; previsiones para el futuro.

2. *Viejos famosos.* Presentad personajes célebres que hayan actuado genial u originalmente en la historia y cuya repercusión social haya sido notable y que realizaron sus obras más importantes pasados ya los setenta años. Inaugurad una exposición de murales y «posters» de VIEJOS GENIALES. La contribución de la tercera edad al progreso del mundo a lo largo de la historia es una constatación aleccionadora.

3. *Discusión sobre el nombre.* ¿Ancianos?, ¿viejos?, ¿tercera edad?, ¿jubilados?, etc. Acumulad las expresiones que se suelen emplear y analizadlas desde su etimología: desde el uso normal; desde la posible repercusión en los ancianos. Y las palabras afines: Senado, presbíteros...

4. *Visita a un asilo o a una residencia de ancianos.* Con entrevistas a la dirección, a los propios ancianos y al personal que se ocupa de ellos para hacer un reportaje sobre la realidad de la vida presente de los residentes. Y sus puntos de vista sobre el mundo de ayer y el mundo de hoy.

5. *¿Los ancianos en la familia?* Organizar un debate exponiendo las ventajas y los inconvenientes que tienen: los ancianos deben vivir con su propia familia; los ancianos deben instalarse cómodamente aparte, en residencias especiales para ellos.

Evidentemente que estas dos afirmaciones tienen infinitas variables. Por eso, el debate debe enriquecerse con las hipótesis convenientes.

6. Leer en «Padres y Maestros» (números 56 y 57) los artículos «Y el abuelo se murió» (I, II), y después elaborar una *nueva antología, con anécdotas*, de la vida de los ancianos o de los abuelos, reuniéndolas de todos los componentes de la clase.

7. *Inventar «slogans» publicitarios* que sensibilicen a la población sobre la situación real de nuestros mayores y les animen a tenerlos en cuenta y mejorar sus condiciones de vida en todos los órdenes. ■